

EN EL OSCURO REINO DEL MAL

IN THE DARK KINGDOM OF VIL

RICARDO M. GIL OTAIZA

rigilo99@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-0638-4012>

Academia de Mérida.

¿Qué pasa en el mundo que pareciera estar poseído por la aflicción? Todos los tiempos han tenido su alta cuota de perversidad, y se hace evidente que en el ser humano anida muy hondo el mal hasta el punto de hacer de él presa de su propia oscuridad.

La pandemia del Covid-19 ha sido, hay que decirlo, catalizadora de grandes cataclismos en el orden de lo humano, y no me refiero solo al aspecto sanitario, y a la alta tasa de mortalidad que ya lleva sobre sus hombros (que es mucho decir por el dolor que ha causado), sino a los daños personales, familiares y sociales que ha traído consigo, traducidos en quiebres, en rupturas, en profundas desavenencias y perversidades inimaginables. Y digo que ha sido catalizadora, porque no los ha ocasionado, ya estaban allí, sencillamente ha sido la chispa que ha puesto sobre la mesa nuestros contrastes y ambivalencias, así como también nuestras más péfidas sombras.

No se trata aquí de auscultar solo desde lo religioso la respuesta a todo, porque sería sesgar el hecho irrefutable de la naturaleza ambivalente que nos constituye. No obstante, cabe la acotación de que las religiones son en sí mismas fuentes de lo espiritual y de lo ético, pero también han sido minadas por la oscuridad. Cuando leemos con espanto las decenas de casos que a diario se nos muestran de clérigos y altos prelados acusados de diversos delitos, sobre todo, contra la dignidad humana en los niños, nos llevamos las manos a la cabeza y clamamos al cielo con repulsa e indignación. En este punto, recuerdo la férrea lucha del papa Benedicto XVI por limpiar a la iglesia, por deslastrarla de los miembros que la ensucian, pero también recuerdo sus palabras en la primera homilía de la misa con imposición del palio y la entrega del anillo del pescador en el inicio de su ministerio petrino, en la Basílica de San Pedro, aquel 24 de abril de 2005, cuando en una frase inaudita pidió a los feligreses: “Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos.” (Martínez, 2006, p. 81). Su fortaleza física y espiritual no soportó las embestidas de los lobos, y en una decisión valiente como pocas, renunció a su alta investidura. El sucesor, el papa Francisco, continúa con esa denodada lucha de adcentamiento de la iglesia, pero creo que ha llegado el momento, tal y como lo ha expresado el propio Joseph Ratzinger, desde sus tiempos de cardenal, y ahora como Papa Emérito, de pensar en volver a una institución más pequeña, más

modesta y consustanciada con el mensaje de Jesús.

Ahora bien, así como somos capaces de elevadas cimas de excelsitud, de poetizar los sentimientos, de transformar en letra y música lo que llevamos dentro, de mostrar en la plástica todo un mundo paradisíaco y sutil, de recrear en páginas grandes historias de amor y de amistad, de realizar los más inauditos y sorprendentes actos de heroísmo y de desprendimiento, de salvar vidas, de elevar oraciones a lo inasible y conectarnos con otras dimensiones, de dar la vida por los otros, y hasta de morir de amor, en contraposición sabemos de lo que somos capaces movidos por el mal, al extremo de sacar a flote ese lado oscuro que también nos constituye.

Sin duda, tenemos sombras, y nos movemos en arenas movedizas, en cuestión de segundos podemos dar el salto de la risa al más enconado episodio de agresión. Somos seres complejos, lo que hace de nosotros mujeres y hombres ambivalentes, que nos mecemos en opuestos contradictorios, pero a la vez complementarios. Es decir, lo oscuro también nos constituye, y es nuestra lucha diaria mantenerlo en franca oposición con la luz, para que de esos matices surjan acciones y hechos que no contradigan la necesaria sociabilidad como anhelo intrínseco de todos. Cuando en su obra Edgar Morin enfatiza que “Estamos perdidos y en esta condición de lo humano no se trata de buscar la salvación sino de procurar el desarrollo de la hominización.” (Morin, Ciurana y Motta, 2003, p. 124), no se trata tan solo de un ejercicio de mera retórica, ni mucho menos de esnobismo intelectual, lo que nos plantea con angustia existencial es la urgencia de hacernos más humanos, de bajarnos de las ramas, de superar la edad del hierro planetaria para hacernos copartícipes (yo diría cocreadores) de un mundo mejor.

La sociedad nos impele a la sana convivencia, porque conoce, en su ya larga historia, los sutiles que suelen ser los linderos entre la luz y la oscuridad. En otras palabras: nos movemos en las sombras. En este sentido, inventó la ética, como herramienta de disuasión, y nos recuerda que nuestros derechos terminan cuando comienzan los de los otros. La ética nos impele al “bienvivir”, es decir, a esa arte cotidiana (y no menos difícil) que hace de nosotros seres ganados a principios y a valores, que nos permitan una buena interrelación (tanto en el seno de la familia como en el contexto social), al respeto de las diferencias, a las acciones que concreten espacios de paz y de crecimiento compartido.

En defensa de la cordura

En su obra *Elogio de la locura*, Erasmo de Rotterdam se pregunta, no sin asombro:

¿No es acaso la guerra la semilla y el origen de las hazañas más celebradas? Pero ¿hay algo más descabellado que lanzarse a una lucha de este tipo sean cuales sean las razones, si las partes en contienda sacan siempre más daño que provecho?” (De Rotterdam, 1993, p. 38).

Sin embargo, la humanidad no lo ha entendido, y en su ya largo devenir ha visto con horror dos guerras mundiales, campos de concentración, la guerra fría, horribles episodios de odio e intolerancia, conflictos permanentes en el oriente medio, segregación racial (apartheid), cruzadas religiosas, Santo Oficio, limpiezas étnicas, conquista de territorios, injusticias, exterminio, decretos de guerra a muerte, mazmorras, la muerte de Dios proclamada por muchos intelectuales, el libertinaje como bandera de género, la sacralización del método y la transformación de la ciencia en cuasi religión, la secularización del pensamiento occidental, el terrorismo como fin de todo, la muerte de los bosques y la contaminación ambiental (la desertificación del planeta, ni más ni menos), y la disolución de la familia, entre muchos otros oscuros aspectos. Preocupante, sin duda, como

para decir con fuerza: “¡hasta aquí a tanta sinrazón y desvarío!”.

Creo, no sin argumentos de peso (como queda visto), que ha llegado el momento de recuperar el poquito de *sindéresis* que filósofos y poetas admiten que cabe en la mente humana. Ha llegado el momento de darle a la “cordura” el merecido puesto de principio rector de la vida, de eje nuclear, de vórtice, para así permitirnos conjuntar los pedazos de realidad que han quedado desperdigados por doquier, a causa de nuestra atávica desidia y estupidez.

Ahora bien, por cordura no connoto ponerles al hombre y a la mujer camisas de fuerza para su libre decisión y actuación. La cordura deberá ser comprendida –eso sí– como el buen tino en las cosas normales de la existencia, como la prudencia a la hora de dar el salto cualitativo hacia otros derroteros que nos permitan ser lo que deseamos ser, sin que esto se traduzca (bajo ninguna circunstancia ni excusa) en daño o perjuicio para los otros. La cordura implicará por definición hacer un espacio para el pensamiento y la reflexión, lo que deberá traducirse necesariamente en un ambiente de mayor armonía en el que lo axiológico (los valores humanos) se erija en la base de la interrelación de unos y otros hoy y siempre. La cordura no deberá ser confundida jamás con la pasividad, o con la indiferencia, ni mucho menos con el conservadurismo, que bloquean la fluidez de los procesos hasta llevarnos al peligroso estadio del anquilosamiento, desde el cual nos hacemos inmutables e impasibles; indiferentes y cómplices.

La cordura, visto así, se erige en puente entre los muchos “yo” que nos conforman, entre esos niveles de conciencia que buscan dar al “todo” su punto de equilibrio (el límite que jamás debería sobrepasar la bestia que nos habita y posee; la sombra que emerge de nuestro interior cuando menos lo sospechamos hasta hacer de nosotros animales irracionales), y permitir entonces que surja la necesaria armonía para la creación en todos sus niveles, para el trabajo productivo, para el filosofar, para el orar, para la lectura y el estudio, para la quietud, para el ingenio, para la contemplación, para el amar, para el ocio y la recreación, para el regocijo ante la cotidianidad que muchas veces nos atosiga hasta hacer de nuestras circunstancias personales, familiares y sociales un verdadero infierno en la Tierra.

En definitiva, la cordura como abstracción y como realidad, como anhelo y como realización, como lugar real y como utopía también. La cordura como la más alta representación de la verdad humana. La cordura como el baluarte que nos posibilite habitar el aquí y el ahora sin más pretextos que llegar a donde queramos llegar y que esto no se convierta en soliloquio, en monólogo, en ingrititud, y mucho menos en autarquía y atropello; sino en la dialógica de la vida: la nuestra y la que compartimos.

REFERENCIAS

De Rotterdam, E. (1993). *Elogio de la locura*. Barcelona: Altaya.

Martínez, J. (2006). *Enseñanzas de Benedicto XVI (1 / 2005)*. Madrid: IDIBESA.

Morin, E., Ciurana, E. y Motta, R. (2003). *Educación en la era planetaria*. Barcelona: Gedisa Editorial.